

## **El homenaje y la brújula**

Nueve de la mañana y veinte minutos del dos de abril, segundo día del año escolar. Castro Harrington, director de la unidad escolar Bartolomé Mitre, se halla en su despacho, sentado en el sillón del escritorio. Está solo. Las dos puertas del despacho —la principal, que da al pasillo, y la lateral, que comunica con la secretaría— están cerradas. De cuando en cuando llega un lejano rumor, probables risotadas que la lección de algún docente despierta de modo inesperado en sus alumnos. Sobre el vidrio incoloro que cubre el tablero del escritorio hay una banderita peruana de seda, inmóvil, replegada a la varilla vertical de hierro cromado que la sostiene; la varilla se incrusta en un pequeño trozo circular de madera pulida y brillante que le sirve de pedestal. Castro Harrington pasea la mirada por la hilera de retratos al óleo que cuelgan de las paredes; sabe que algún día el suyo colgará para siempre en esa galería de ex directores de la unidad escolar.

—Adelante —dice al oír unos golpecitos muy discretos que llegan desde el otro lado de la puerta lateral.

Entra un hombre chiquito con unos papeles en la mano, el secretario, que avanza con el rostro arrasado por el empeño en evitar que el ruido de sus pisadas irrite esa atmósfera autoritariamente callada, sin advertir que la alfombra, mullida hasta la ampulosidad, le ha ganado de antemano la partida de comedimiento: las pisadas van cargadas de silencio, como las de un duende que se trasladara en el aire.

—Aquí le traigo la relación del personal docente que usted me pidió, señor director.

—Bien. Ahora, en los treinta minutos que siguen, no estoy para nadie.

—Sí, señor director.

En su oficina, antes de sumergirse en alguna tarea, el hombre chiquito, aturdido por una vaga sensación de temor, observa por un momento la puerta que acaba de cerrar, para cerciorarse de que no ha olvidado hacerlo.

En los treinta minutos previstos Castro Harrington examina la relación del personal docente, consulta un almanaque, realiza operaciones numéricas, copia unos nombres, elabora un cronograma y redacta una comunicación. Luego presiona un botón oculto en la parte baja del escritorio, al alcance de la mano derecha, y se oye un timbrazo. Al instante se abre la puerta lateral y reaparece el hombre chiquito:

—¿Señor?

—Sacar en el mimeógrafo treinta copias de este oficio circular y treinta de este cronograma. Hacer llegar con el portapliegos un ejemplar de cada documento a cada uno de los profesores que figuran en el cronograma. Son veintiocho profesores. Dos copias para el archivo. Quiero que hoy mismo los veintiocho profesores reciban los documentos. Que el portapliegos busque en el horario general de clases las aulas donde hoy les corresponde trabajar.

—Sí, señor director.

—Algo más: haga usted llamar ahora mismo a mi despacho al jefe de actividades educativas y al profesor que dirige la banda de músicos.

—Sí, señor director.

Ese día los veintiocho profesores leen que la dirección ha determinado que durante todo el periodo escolar de ese año se rinda homenaje a un país extranjero (el nombre del país se menciona en la comunicación). Que el homenaje se tributará cada viernes, de diez a doce del día, en un acto que se desarrollará en el patio de honor ante el alumnado. Que en cada fecha el programa de homenaje contará con algunos espectáculos escenificados por estudiantes previamente comprometidos al efecto y tendrá como número central una conferencia a cargo de un profesor, la que versará sobre un aspecto de la realidad del país objeto del homenaje. Que a partir de la fecha los profesores designados dispondrán de dos semanas para que, previa consulta de la bibliografía referente al país men-

cionado, inscriban en la secretaría el tema de la conferencia. Que para la organización del programa cada profesor designado deberá coordinar oportunamente con el jefe de actividades educativas, y ambos se encargarán de asegurar la participación de estudiantes en los espectáculos de la fecha correspondiente. Finalmente, que la dirección agradece su valiosa colaboración en este merecido homenaje permanente al hermano país y está segura del empeño que pondrá usted, señor profesor, para alcanzar el mejor de los éxitos. Hago propicia la oportunidad para reiterarle a usted los sentimientos de mi consideración más distinguida.

—¡Mierda! —murmura con furia uno de los veintiocho profesores, sintiendo que se le avinagra la lección que ha preparado para sus alumnos.

Desde hacía no pocos años en la unidad escolar Bartolomé Mitre se realizaba el homenaje anual a un país extranjero. La idea era exclusiva de Castro Harrington y suya también la forma de llevarla a la práctica. El homenaje a un país extranjero no era un acto previsto en el calendario cívico-escolar, pero tampoco estaba prohibido. Mas si el Ministerio de Educación hubiera tenido que instituirlo, no se le habría ocurrido que a un solo país se le dedicara la ostentosa grosería de todo el año escolar. El hecho era que Castro Harrington no tenía ningún obstáculo para sus homenajes de largo aliento.

En los días señalados se suspendían las clases a las diez de la mañana para proceder al homenaje. El

alumnado en pleno era reunido en el patio de honor, gigantesco espacio con piso revestido de cemento, que a falta de salón de actos se destinaba a toda clase de ceremonia y donde en el transcurso de esta los alumnos permanecían de pie. En la parte delantera del patio se instalaba un tablado desarmable que servía de escenario. Desde ahí los alumnos participantes en el programa intentaban entretener a la masa estudiantil mediante interpretación de canciones, recitación de versos, escenificación de diálogos y monólogos supuestamente jocosos, con intercalación de piezas musicales del repertorio popular ejecutadas por la banda, hasta que le llegaba el momento al profesor designado para la fecha. Mientras discurría la conferencia sobre el país extranjero —una asombrosa arcadia, si había que atenerse a lo que el conferenciante solía decir—, el aburrimiento iba apoderándose de los alumnos. Muchos de ellos, pese a los esfuerzos de los auxiliares de disciplina por mantener el orden, retomaban sus conversaciones que habían quedado interrumpidas con el inicio del programa y pronto se desataba sobre el patio un imparable rumor descomunal como para desalentar al más eficaz orador de multitudes. El programa, que empezaba con el himno nacional del Perú en las voces del alumnado y a los acordes de la banda, concluía con el himno nacional del país extranjero, asimismo interpretado por la banda. Luego los alumnos reordenaban sus filas y se dirigían hacia la puerta de salida, al compás de una marcha militar.

A medida que avanza el año escolar, el homenaje se va tornando mucho más cargante para los alumnos. El desinterés y el tedio los llevan a poner la mirada en cualquier lugar que no sea el tablado, y de vez en cuando a dar desaprensivos bostezos que son un escándalo. Corrillos de voz en cuello y de carcajadas van naciendo por doquier. Entre las filas del centro dos alumnos se arremeten a puñadas, en son de broma; por un momento forcejean abrazados y, de pronto, sin transición, dan unos pasos de baile. Poco más allá, alguien extrae del bolsillo unos dados y se pone a jugar con otro, ambos en cuclillas, apostando imaginarias cifras en dólares:

—Pago un millón de dólares.

—¿Estás cojudo? Si quieres recibir apuestas, no menos de veinte millones.

—Van... ¡Mierda! ¡Me pelé!

—¿Cuándo me vas a pagar?

—Cuando sea narcotraficante, general, ministro de Estado o presidente de la república.

Favorecido por la presencia de muchos alumnos en zonas del patio ajenas a sus filas, un alumno de quinto de media pregunta a otro de cuarto:

—¿Y cómo te va en los cursos?

—Creo que este año me vuelan en matemática. Estoy jalado en los tres bimestres que han transcurrido. No me salva ni San Puta.

—¿Quién te enseña ese curso?

—Un tal Fernández de la Cruz.

—Ah, Fernández de la Cruz...

—Sí, Fernández de la Cruz.

—¿Y sabes cómo le dicen?

—Por ahí he oído que algunos dicen Fernández de la Pus.

—Exacto. ¿Y sabes por qué le dicen Fernández de la Pus?

—No, no lo sé.

—¿Qué? ¿Ni siquiera te has preguntado por qué le han puesto esa chapa tan repugnante?

—Bueno. Siempre he creído que porque pus rima con Cruz.

—No, compadre. Eso de la rima es cierto, pero no es la causa de esa chapa tan asquerosa. ¿No has pensado por qué precisamente pus y no, por ejemplo, luz, que también rima con Cruz?

—Supongo que solo por joder y nada más.

—¡Qué huevón eres!

—¿Huevón? ¿Por qué?

—Se ve que no sabes que Fernández de la Pus cobra plata a sus alumnos para aprobarles el curso.

—¿Franco, franco?

—Franco, compadre.

—No lo sabía. Soy nuevo en este colegio.

—Acostumbra tener podridos a sus alumnos haciendo de la matemática una verdadera cacana, y después, poco antes de acabarse el último bimestre, entra en tratos con los que están mal, que son casi todos. Ese trafero también dicta matemática en quinto, pero

menos mal que sólo en dos aulas. Los de las otras aulas nos hemos librado de esa pus.

—¿O sea que puedo aprobar el curso?

—Sí, seguro.

—¿Qué debo hacer para que sepa que estoy decidido a pagar?

—Nada, ni mierda. Sólo esperar, que ya te llamará.

—¿Y sabes cuánto cobraba el año pasado?

—Eso no lo sé. Y aunque lo supiera, de nada serviría decírtelo porque seguro que esta mierda acostumbra aumentar cada año la cifra de acuerdo con el costo de vida.

En las filas del fondo, sector de los más bisoños, un alumno retorna inexplicablemente al tema del homenaje, con una pregunta a un compañero que ondu-la el cuerpo al ritmo de una orquesta instalada en su cerebro:

—Oye, ¿y dónde está ese país?

—¿Cuál país?

—El país del homenaje.

—¿Qué? ¡No jodas, hombre! ¿Acaso te has creído ese cuentazo? ¡Ese país no existe!

En la zona cercana al tablado, la de los alumnos mayores:

—¿Sabías que el director les cobra a los pobres vendedores ambulantes porque venden enfrente de la unidad?

—¡Nooo!

—Franco. Los obliga a que le paguen semanalmente bajo amenaza de desalojarlos con la policía.

—¡Pero si él no es dueño de la calle!

—Pero lo hace.

—¡Qué basura!

—Como un mafioso de Chicago.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me lo contó un pobre muchacho que hace algún tiempo estuvo de ambulante por acá. Le había ido tan mal en sus últimas semanas que ya no podía pagar. El director le dijo a la policía del distrito que era sospechoso de vender droga a los alumnos. Estuvo detenido cinco días en la comisaría del distrito. De allí pasó a una celda de la policía antidrogas, donde durante quince días lo torturaron para que confesara. ¿Qué mierda iba a confesar si era inocente? No pudieron probarle nada y tuvieron que dejarlo libre. Pero antes lo amenazaron con darle vuelta si volvía a tener contacto con estudiantes... Y pensar que lo que ese muchacho vendía a los alumnos eran dulces y bizcochos, que ni siquiera le pertenecían porque los ofrecía por encargo de una panadería que le pagaba un pequeño porcentaje de lo que vendiera. Hace tres años vino a la costa desde un pueblecito de la sierra en busca de trabajo y sólo encontró esa ocupación humilde. Apenas hablaba el castellano, y cuando lo detuvieron no sabía que existía la palabra droga.

Y en otro lugar:

—El director es un delincuente.

—¿Por qué?

—Le sacó plata a mi padre a cambio de una matrícula para mí.

—¡Pero si este es un colegio del Estado! ¡No se paga nada por la matrícula!

—Por supuesto. Pero le sacó plata.

—¿Cómo fue eso?

—Tú sabes que soy alumno nuevo en este colegio, y hasta el año pasado estudié en un colegio particular. Allá me jalaron por segunda vez en cuarto de media. En diciembre el director llamó a mi padre y le dijo que este año ya no podía matricularme por tercera vez en el mismo año de estudios y que buscara matrícula en otro colegio. En marzo de este año mi padre vino a esta unidad escolar en busca de matrícula y le dijeron que no había. El viejo volvió una y otra vez y siempre le decían lo mismo. El pobre andaba con cara de condenado a muerte. Un día se le acercó un tipo. Le dijo que era auxiliar de disciplina y que el director podía resolverle el problema. Que los casos de matrícula para alumnos que venían de otro colegio los resolvía el director. Y señalándole una cola de padres de familia que esperaban ante la puerta de la dirección, le dijo que formara la cola para hablar con el director. La entrevista con cada padre de familia se hacía a puerta cerrada. Cuando le tocó el turno a mi padre, el director le dijo que el problema era que no había carpetas para nuevos alumnos. Y que si quería matrícula debía comprar una carpeta para mí. Mi padre, que estaba desesperado, le dijo que es-

taba decidido a comprarla y que le dijera cómo debía ser la carpeta, cuáles eran sus características. «No es necesario —le dijo el director—. Sólo tiene usted que dejarme el costo de la carpeta, que el colegio se encargará de la compra». Yo me he dado el trabajo de buscar carpetas nuevas no solo en el aula que ocupo sino también en todas las demás y no he encontrado ninguna. ¡Todas están más viejas y carcomidas que putas jubiladas! El gran hijo de puta se tiró la plata de mi padre y por supuesto que también la que les sacó a los otros padres de familia.

Otro inesperado retorno al tema del homenaje, esta vez entre las ya deshechas filas del centro del patio:

—¿Y por qué tanto amor a ese país?

Pregunta que no se sabe si expresa la irritación ante el hartazgo o es la formulación sesgada de una sospecha.

La pregunta se hace trizas en la chacota con que se responde:

—Tal vez porque en ese país no existe el amor.

Sin embargo, en la última fecha del año, último viernes de noviembre, a escasos días de terminarse el periodo escolar, la actitud del alumnado era en extremo distinta. Ese día el homenaje contaba con la presencia del embajador del país extranjero, y el mismo Castro Harrington, que en los viernes precedentes había omitido la suya, se hallaba ahí prodigándole untuosas atenciones. El alcalde del distrito, un representante del Ministerio de Educación, el presidente de la Asociación de Padres de Familia de la unidad y

otros invitados especiales completaban el grupo de notables con que se había decidido engrandecer el acontecimiento. Se insinuaba una atmósfera de solemnidad, tan ligada al poder. Los notables ocupaban las sillas que se les había destinado en el centro de la parte delantera del patio, agrupadas de cara al tablado y a unos metros de este; padres de familia se agolpaban en los pasillos que bordeaban el patio; y los alumnos, formados en columnas que empezaban unos metros detrás de los notables y cubrían todo lo ancho y largo del resto del inmenso patio, estaban inmóviles, rígidos, en silencio, el mentón erguido, los ojos velados por la circunspección...

Himno nacional del Perú. Conferencia sobre el país extranjero. Discurso del presidente de la Asociación de Padres de Familia. Discurso del alcalde. Discurso del representante del Ministerio de Educación. El mejor alumno de la promoción que egresa ese año, lee el suyo. Por lo oído hasta el momento, parece que solo existen sobre el planeta dos países: Perú y el del embajador. Castro Harrington, sentado al lado del embajador, en el centro de la primera hilera de sillas, repite lo que a su turno ha hecho cada orador: sale del grupo, avanza hacia el tablado, asciende los peldaños y aparece en lo alto. Al instante todas las miradas se inmovilizan en él y sobreviene una quietud y un silencio que parecen irreales, como si la unidad escolar estuviera desierta. Castro Harrington abre la boca y comienza a desenrollar, solemne, una pieza oratoria,

sin duda largamente estudiada para la ocasión. Habla de la grandeza del país extranjero. Remite la causa de esa grandeza a los hombres que gobiernan ese país y a quienes se hallan representando a su gobierno en diferentes lugares del orbe. Habla de lazos espirituales, que unen, dice, ambos pueblos. La solemnidad de Castro Harrington impregna las palabras y, llevándolas envueltas como por una bruma, empieza a expandirse desde el ámbito del tablado. Mientras se va extendiendo hacia el fondo del patio, desde sus flancos se propaga por los pasillos, inunda las aulas vacías, titubea ante los retretes, pero generosa entra al fin resueltamente. Entretanto, por el frente ha cubierto la inmensidad del patio y comienza a prolongarse hacia el lejano campo deportivo. Ansiosa de saturar todo el espacio encerrado entre los muros perimétricos, termina de abarcar el campo deportivo e invade los terrenos baldíos, dominios más recónditos de la unidad escolar, que acaban en el muro perimétrico posterior. Reclinada en el muro hay una choza. A esa hora ahí duermen cuatro hombres humildes y cuatro perros chuscos, el grupo que realiza la ronda nocturna para impedir la intrusión de ladrones. Los hombres continúan el sueño, mas los perros despiertan de un salto, erizados de furia; se precipitan hacia afuera en tropel de gruñidos, se detienen tensos a pocos metros de la choza y empiezan a ladrar desaforadamente, con violento envió del cuello en cada estallido de sus gargantas, torvos los ojos, enloquecidos los dientes, y el rum-

bo de la mirada marcado por un constante cambio de dirección del olfato, como si advirtieran la presencia difusa, inubicable pero segura de un gran ladrón, el más grande azote jamás oído ni olfateado bajo la luz del sol...

Castro Harrington ha terminado su discurso. Solo entonces los perros han detenido las continuas descargas de sus gargantas, pero han permanecido fuera de la choza, gruñendo, dando en cortos trechos idas y regresos inciertos, levantando y abriendo de vez en cuando el hocico para dejar salir un trueno que parece hacer trizas el cielo... Castro Harrington ha vuelto a ocupar su lugar entre los notables, y el ruido de los aplausos ha continuado sacudiendo el aire y rebotando en las paredes. Con un brillo de emoción en los ojos, el embajador se ha levantado de su asiento, le ha estrechado la mano y se ha dirigido hacia el tablado. Y en el inmóvil espesor con que el silencio se ha cuajado repentinamente, desde lo alto ha ido fijando las palabras de su discurso de agradecimiento, que ha desatado un torrente de aplausos. A su retorno al grupo, un vehemente deseo de estrecharle la mano ha puesto al resto de notables en un movimiento de hormigas por entre las sillas. Los aplausos se han extinguido. El grupo ha vuelto a sentarse. Luego se ha oído un anuncio, el grupo se ha puesto otra vez de pie y la quietud y el silencio han reaparecido con su impecable irrealidad. El embajador ha escuchado entonces a la banda ejecutar el himno nacional de su país. En

seguida ha tomado asiento por invitación de Castro Harrington, y los demás notables lo han imitado. Entonces la banda se ha entregado a una marcha militar y ha empezado el espectáculo del desfile estudiantil. Al pasar ante los notables, los grupos de estudiantes han creído coronarse en bazaría elevando el pie en cada paso hasta una altura equivalente a la del pecho y sin flexionar la rodilla como si el muslo y la pierna fueran una sola pieza o estuvieran unidos por un entablillado, lo que ha despojado a la marcha de ese hilván vital que da elasticidad a los movimientos humanos y en su lugar se ha instalado la rigidez del desplazamiento por fragmentos que caracteriza a los robots. Luego han dirigido sus pasos hacia el campo deportivo (esta vez los alumnos saldrán de la unidad después del señor embajador, ha sido la orden que los organizadores del programa han recibido de Castro Harrington). Concluido el desfile, Castro Harrington ha acompañado hasta la puerta de salida al embajador, quien luego de despedirse se ha retirado en un automóvil de lujo implacable, que lo esperaba.

En el periodo de vacaciones que siguió al término de aquel año escolar, Castro Harrington disfrutó quince días de comodidades y atenciones en los lugares más atractivos de ese país extranjero, invitado por el embajador. Naturalmente, sin que a Castro Harrington le costara un solo céntimo. A su regreso mandaría el país al desván, como lo había hecho con los países antes homenajeados, luego de hollarlos sin que tampoco hubiera tenido que echar mano al bolsillo.

Cuando al inicio del siguiente año escolar veintiocho profesores se enteraron de que por decisión de Castro Harrington debían participar con sendas conferencias en un homenaje anual a la república de Israel, uno de ellos, después de reaccionar con un furioso ¡mierda!, se puso a hacer un recuento de los países hasta entonces homenajeados, pues había sido punzado por una sospecha: la posibilidad de que Castro Harrington ya hubiera agotado los países de América y Europa.